

to, todavía serian el pueblo mas sabio y poderoso del mundo.

Yo no puedo alcanzar, como algunos pretenden, que los vicios concurren tanto á la felicidad de la Sociedad como las virtudes. Algunas veces producen sucesos que ceden en beneficio suyo, es constante; pero siempre es á costa de su felicidad, que no puede resultar sino de las virtudes.

LOS VICIOS Y LAS VIRTUDES.

NO se sabe si ha sido el interes, el capricho, la ignorancia ó la maldad la que ha desfigurado los Vicios y las Virtudes. Hay autores célebres que han trabajado en esta materia. Nosotros tenemos algunos que los han confundido, y que triunfan de esta confusion, demasiado aplaudida, para darles una especie de triunfo. Me consuela la idea de que jamas habrá prescripcion contra la verdad en favor de la opinion; pero no puedo ménos de llorar los extravíos que ha producido y producirá esta confusion.

No seamos nosotros de los que se extravian; atengámonos á los principios que se nos han dado con arreglo á nosotros mismos, ó á lo ménos, consultémoslos ántes de ceder á las impresiones que se procurará grabarnos. La mas pasagera reflexion nos preservará del lazo que se nos arma, y del precipicio de que nos despeñaríamos.

El mero hecho de querer confundir los vicios y las virtudes deberia ser suficiente para privarnos de todo crédito. Por poco que se reflexione, se hallará que no puede haber conformidad entre dos cosas, cuyas ideas y aun los nombres mismos son tan opuestos.

Decir que los vicios no son por lo comun sino el abuso de los propios principios que forman las virtudes, no

es establecer su semejanza; es señalar por el contrario su diferencia y oposicion. La economía es una virtud, y la avaricia un vicio: lo mismo decimos de la liberalidad y de la prodigalidad; del valor y de la ferocidad; de la tranquilidad y de la pereza. Debemos decir: *el vicio comienza donde acaba la virtud.*

Ha habido hombres famosos que creyeron salir mejor combatiendo las virtudes en su origen; las han hecho nacer del amor propio como los vicios; han pretendido que un origen igual nada puede producir que no sea defectuoso, y que teniendo los vicios y las virtudes unos mismos principios, solo se diferencian en los nombres. No han querido permitir la destruccion de un vicio sino por otro vicio; han manifestado temer que reine la virtud en alguna parte. El mundo, segun ellos, es el reino de los vicios, y miran como necios á los que creen todavía la existencia de las virtudes.

Es cierto que el amor propio influye en todas nuestras acciones; pero no es cierto que solo produzca vicios. El amor propio es el amor de nosotros mismos; es un principio que adquirimos al nacer, y que no muere sino con nosotros. Este principio, ó es prudente ó desarreglado: como prudente, contribuye á formar nuestras virtudes: como desarreglado, es la primera causa de los vicios. ¿Quién ha revelado que este amor propio es siempre escésivo, y que se halla tal en todos los hombres? Piensan estos pretendidos filósofos que deshonorarán á Lucrecia, atribuyendo la dilacion de su muerte á una reflexion que el placer de dársela hizo tardía, meditando sobre la infamia que habia sufrido! ¿Qué destruirán la continencia de Scipion con decir que no habia nacido sensible al atractivo de la voluptuosidad?

Den á las acciones de los hombres la interpretacion que quieran, jamas harán que Augusto se parezca á Neron. ¿Quién me hará creer que la presuncion del zey Juan en nada se diferenciaba de la prudencia de

Cárlos V. su hijo! ¡la molicie de Enrique III. de la fuerza y valor de Enrique IV.! Personages tan diferentes es forzoso hayan tenido principios de conducta que en nada se parezcan; vicios y virtudes que nada tengan de comun.

Quizá dirán algunos (y esto no será por dar mas realidad á las virtudes) que concedo demasiado al amor propio; que hago á los hombres susceptibles de mas perfeccion de lo que son efectivamente; que los antiguos y los modernos no están conformes en reconocer en los hombres una inclinacion al vicio y una oposicion á la virtud.

Yo no pretendo entrar en la discusion de este sentimiento, pues me llevaria demasiado léjos, y mas allá de los límites que me he propuesto. Pero sea el que quiera, no puede establecerse una conformidad entre los vicios y las virtudes. Se podrá concluir que hay mas hombres malos que buenos; pero no que los hombres que nos parecen buenos nos sean mas que malos disfrazados.

Pretendo por el contrario, á pesar de lo que pueden decir, que hay una bondad, una justicia, una misericordia, una piedad, una generosidad, una magnanimidad, un desinterés, una fidelidad, una modestia, una moderacion, una dulzura, una firmeza, y aun una amistad; en una palabra, que existen virtudes de todas especies y de todos nombres. No insisto en su perfeccion, en su depuracion, respecto á que son virtudes de hombres imperfectos: solo sostengo que son virtudes, aun cuando no sean mas que de la especie de aquellas que un hombre grande decia habian merecido á los romanos la conquista del mundo. La mezcla de complacencia que se halla en ellas, esta satisfaccion de alma que es su fruto, podrian ser una perfeccion en entes mas espirituales; pero no lo son en hombres sobre quienes tienen tanto poder los sentidos.

Lo mismo sucede con el placer que comunican las virtudes á los que las practican, que con el gusto que se halla en comer lo que es bueno. ¡No es el Ser supremo quien ha depositado en los manjares este sabor independiente del arte que convida á los hombres á que se alimenten? ¡Pues por qué no dirémos que es la misma mano la que ha unido al ejercicio de las virtudes este placer, que es inseparable de ellas, y el que forma su primera recompensa, á fin de convidar á los hombres á que las amen?

Es preciso armarse contra los vicios, por que ellos solo merecen nuestra iudignacion: si no podemos destruirlos representándoles odiosos, los debilitarémos á lo ménos. Guardémonos muy particularmente de disfrazar su deformidad por contemplacion al número de los que se entregan á ellos: á fuerza de ver personas viciosas nos familiarizamos con los vicios, como nos habituamos con los rostros mas feos. La fuerza del hábito es inconcebible; presto nos harémos parecidos á los que frecuentamos. El imperio de la moda es demasiado vasto; no lo estendamos hasta la moral.

En el reinado de Enrique III. nadie se avergonzaba de sus excesos: Luis XI. ha hecho mucho daño á la rectitud y franqueza naturales á la nacion que gobernaba: sin Francisco I. nos hubiéramos hecho disimulados: habrá cuarenta ó cincuenta años que la embriaguez y la ignorancia tenian un aire de cualidad: ¿no criticamos á ciertas naciones el permitirse excesos que las otras no pueden sufrir?

No hay edad, tiempo ni clima que autorice los vicios: tampoco hay inclinaciones malas que no puedan vencerse. Nosotros no somos libres en tenerlas; pero lo somos en seguirlas.

Todo hombre tiene libertad de elegir entre el bien y el mal. Este sistema es la base de las sociedades, de los gobiernos, de las leyes. La libertad no es de insti-

tucion humana: á cada instante experimentamos su posesion.

Los que decantan pasiones á que no pueden resistir, solo procuran apoyar sus desórdenes sobre un principio que se desmiente en todas las acciones de la vida.

LAS PASIONES.

LO que ménos conocen los hombres son las Pasiones; están dominados de ellas, y solo obran por su impresion; pero no lo conocen.

La voz pasiones solo está en uso entre ciertas gentes: unas no conocen de ellas mas que el nombre, que aplican á todo indistintamente; y otras se entregan á ellas sin discernimiento. Los que se creen mas hábiles pretenden que no se las puede resistir, y que forman la armonía del mundo; y sobre este punto fundan sistemas que prueban su malicia ó su ignorancia.

Por pasiones entendemos una fuerte afeccion del alma, cuya mayor ó menor fuerza depende del carácter del que la experimenta. Hay personas que no tienen pasiones; no son estas las mas infelices: hay otras que solo tienen pasiones, y no son las mas dichosas. Estos dos extremos son raros. No debemos creer mas á los que se jactan de tenerlas, que á los que se glorian de no tener alguna, porque se afecta la pasion y la indiferencia.

Si recurrimos á su origen, convendrémos en que siendo las pasiones una afeccion del alma, dependiente del carácter, no somos libres en tener ó no tener pasiones, porque el alma no es dueña de recibir ó no recibir una impresion. No es libre el alma en este artículo: su libertad estriva en consentir ó no consentir en el efecto de esta impresion, y esta libertad está concedida á todos.

Pero debemos convenir en que esta facultad se disminuye á proporcion que nos empeñamos mas y mas con la

impresion recibida; que lo que era fácil de vencer en un tiempo se hace muy difícil de vencer en otro; y que se llega por fin á un estremo en que es imposible resistir, y es en el que la razon nos falta absolutamente. Dejo á otros la esplicacion de los diversos grados, por los que se llega á oscurecer y debilitar de tal modo esta antorcha del alma, que de nada nos sirve.

Los lacedemonios creyeron preservarse de la embriaguez viendo á personas ebrias; lo mismo puede suceder con muchas pasiones. La cólera, la desesperacion, los celos, la envidia, la avaricia y otras muchas se pintan con colores tan negros, que pueden inspirar horror á los que las ven. Estas no son pasiones contagiosas: basta verlas en algun pariente para no entregarse á ellas.

No todas las pasiones se corrigen de un mismo modo. Hay algunas tan lisongeras, que escitan los deseos en vez de extinguirlos. La ambicion, la gloria, y sobre todo el amor, son de este número: la última es la mas peligrosa; es mas fuerte, mas seductora, mas agradable; es la que simpatiza mas con nosotros.

Esta es una pasion indefinible por la multitud de objetos que abraza, y por la diversidad de ideas que se forman de ella: cada uno habla y la considera á su modo.

Yo siento no haber podido nunca concebir el amor independiente de los sentidos: este amor puro, metafisico, de que están llenos los romances, me parece una quimera. El amante que se representa tan perfecto en el *Pastor Fido*, desea mucho, aunque espere poco, y no pida nada. Mas bien creo que los que han decantado tanto ese amor imaginario, solo han pretendido echar un velo sobre sus verdaderas pretensiones, para conducir á ellas con mas facilidad á los que el pudor hubiera contenido. Sea como quiera, el mutuo atractivo de los sexos forma la base del amor. La union pura de los espíritus y de los corazones forma la amistad: en esto se diferencia del amor. Si es ménos viva, debemos

atribuirlo á los sentidos que tienen mucha parte en el amor, y poca en la amistad.

Esta depuracion que ha formado de la amistad una virtud preciosa, duradera y digna de los homenajes de los mortales, es la que yo no creo pueda existir entre los dos sexos: es la pasion de las almas virtuosas.

Hay vicios de interes, de vanidad y de zelos, que la destruyen. Todo lo que es perfecto es raro: la amistad exige demasiada perfeccion para que sea comun. Tenemos una infinidad de conocimientos; pero pocas amistades. Las personas sujetas á pasiones fuertes son poco susceptibles de amistad, á no ser que la amistad misma forme su objeto.

La amistad es el consuelo de la vida; solo por falta de reflexion dejamos de formarnos un amigo tempranamente. Después del valor nada hay tan necesario como la amistad para sufrir esta serie de sucesos desgraciados que caracterizan nuestras diferentes edades.

Es preciso hacer sacrificio á la amistad si se quiere tener parte en sus favores. Los que preguntan ¿donde está la amistad? ¿donde se halla? jamas han dado un paso en busca suya. Por lo general, los que merecen amigos, los tienen; los que no los tienen, no los merecen.

Yo adoro la confianza de aquel griego que encargó á sus amigos la dote de sus hijos, y que les sirviesen de padre despues de su muerte.

A nadie conozco cansado verdaderamente de vivir, sino al que no tiene amigos.

Los defectos propios de la humanidad no se oponen á la amistad: solo sirven de pretexto á los que son incapaces de tenerla. Es una pretension irracional querer hombres cabales: el *hominem quæro* de Diógenes no se estendia á un hombre sin defecto. Solos los vicios pueden alterar la amistad: admite gustosa el personage de Terencio que dice: *homo sum, humani nihil à me alienum*

puto. Soy hombre, y todo lo que pertenece al hombre no me es extraño.

LA FELICIDAD Y LA INFELICIDAD.

NADA hay mas vago que estos dos nombres, porque no siempre los entendemos cuando hablamos de ellos, sin embargo de que de nada hablamos mas.

Hay una Felicidad y una Infelicidad que se atribuye al acaso: sugetos ilustrados se sirven de este nombre, como si efectivamente existiese un acaso que originase la una ó la otra. Cuando se les estrecha sobre lo que quieren decir, nada responden, ó recurren á la ignorancia tenebrosa en que vivimos. Citan acaecimientos felices é infelices, que no se pueden atribuir, segun ellos, sino á un acaso que ignoran, y sobre el que racionan tanto ménos, cuanto dejaria de existir, si lograsen definirle.

Es locura establecer un destino, una estrella, una ciega fatalidad á quien se concede un imperio absoluto sobre los hombres: basta racionar para convencerse de la falsedad de este ente imaginario. Si nos tomamos el trabajo de examinarlo, hallaremos que la union de muchas causas reales es la que forma la felicidad de este y la infelicidad de aquel; que nada hay en la naturaleza que no tenga una causa efectiva; que sabemos bastante para asegurarlo así, aunque no sepamos lo necesario para hallarla y demostrársela á los que la buscan.

El juego, teatro el mas conocido de esta pretendida felicidad ó infelicidad, trono de lo que llamamos fortuna; el juego es una combinacion que varia al infinito, que puede ser por mucho tiempo favorable á uno y ruinosa á otro, sin que fuera de esta combinacion se pueda descubrir un principio que regle la felicidad ó infelicidad de los jugadores. Si se conociese esta combina-

cion, nadie jugaria, porque conociéndola, sabrian exactamente quien habria de perder ó ganar: esta agitacion de esperanza y de temor, fundada en la ignorancia en que están, y que forma el atractivo del juego, se desvaneceria al instante.

Lo mismo que del juego debe entenderse de todas las operaciones, en que los resortes que obran y que conducen nos son desconocidos.

No es esta especie de felicidad ó infelicidad mal entendida por la que se gana ó pierde una batalla. El hombre feliz que pedia el cardenal Mazarin para ponerle á la cabeza de un ejército, era un hombre suficientemente hábil para suplir á la fuerza cuando no la tuviese de su parte. Estaba demasiado ilustrado para pensar de otro modo: su fortuna no la habia producido el acaso; era el fruto de una conducta sábia á quien solo debia su felicidad: sabia que la mayor parte de los infelices lo son por culpa suya.

Hay otra felicidad y otra infelicidad, perteneciente á lo que entendemos por estar ó no estar contento con su estado. Aunque esta especie de diferencia parece mas conocida, no estamos tampoco de acuerdo en la idea que debemos formar de ella, ni en los medios para conseguirla.

Todos quieren ser felices, y lo quieren á pesar de su conducta; pero esta voluntad necesaria es muy ciega: necesita un conductor ilustrado que, en medio de la infinidad de objetos que la rodean y la agradan, la haga discernir aquel que puede formar su felicidad. Un ciego que tiene hambre desea todo lo que se la pueda satisfacer; pero está espuesto á emponzoñarse si no se le escoge el género de comida que debe alimentarle.

Desde que existe el mundo se están haciendo comentarios sobre la felicidad: se la define, se la calcula; pero yo veo comunmente que las personas mas felices son las que jamas han pensado en serlo, y que no sabrian

qué responder si se les preguntase qué cosa es la felicidad que gozan, casi sin conocerlo. Nacidos en parages distantes de la corrupcion, ejercen las artes que han aprendido de sus padres; no conocen otras necesidades que las de la naturaleza; adoran la Providencia que ha subvenido á ellas, y forman del trabajo un hábito que llega á hacerse el origen de su alegría y de su conservacion. Creo se equivocase Virgilio cuando dijo: ¡Felices, felicísimas las gentes del campo si conocen las ventajas de su estado! Quizá serian ménos felices con este conocimiento fatal; la felicidad no pide tanta ilustracion.

A los que gobiernan les son esenciales unos conocimientos profundos: su propia felicidad consiste en medir exactamente la de los pueblos: de esta pende absolutamente la suya, y no hay otra para ellos.

Si demasiados conocimientos perjudican á la felicidad, ¿qué harémos para llegar á ser felices? Un gran número de personas no son libres para no pensar en su felicidad; la buscan luego que piensan en ella; y ¿será imposible que la hallen solo porque la buscan?

La felicidad no depende de nosotros por una parte, y por otra depende. No depende de nosotros, porque nuestro temperamento, nuestro carácter, nuestras ideas no son siempre conformes á nuestra voluntad ni á nuestras necesidades: depende de nosotros, porque este temperamento, este carácter y estas ideas, de que depende nuestra felicidad, son una parte de nosotros mismos que podemos rectificar.

Creemos que nuestra situacion, los acontecimientos de nuestra vida, ó nuestro estado son los que prohiben nuestra felicidad: es un error. Todo lo que está fuera de nosotros, ó que nos es extraño, nada pudiera sobre ella, si nuestras pasiones interiores no tuviesen una relacion habitual con lo que pasa fuera, ó no nos hubiesen sujetado como esclavos á este exterior. Este racioni-

nio que la reflexion debe estender y profundizar, me conduce á decir, que si deseáramos ser felices con una voluntad decidida, pocos dejarían de llegar á serlo.

Dos obstáculos hay que superar, y que detienen á todos: el deseo de la felicidad y el conocimiento de esta felicidad. Todo lo queremos á medias, y así se hacen muchas gentes inferiores á su estado. Esta felicidad tan cara, tan deseada, tiene la suerte de los demas negocios de la vida: no la deseamos con una voluntad absoluta.

Però aunque la deseásemos así, podríamos no llegar á ser felices: es necesario conocer lo que deseamos, y nos falta este conocimiento. Preguntemos á esta multitud de hombres que corren: ¿Qué buscáis? No habrá uno que no responda: Busco la felicidad; pero pocos saben lo que buscan. Millares de hombres pasan así su vida, y mueren sin saber lo que buscaban.

Hay algunos que dicen conocen muy bien el objeto de sus deseos, y que solo les falta un paso para llegar á él. Estos, en mi sentir, son mas ciegos que los otros: solo los alumbraba una luz que los engaña: lo que deseaban con tanto conocimiento no era lo que les convenia, respecto á que su posesion los ha disgustado: no han conocido que se engañaban sino cuando no podian enmendar su yerro.

Observemos á estos hombres que de la mayor pobreza pasan repentinamente á ricos, en los que las necesidades han oscurecido el conocimiento de la verdadera felicidad, y verémos ignorar para lo que pueden servir los millones que poseen. Veamos á estos ambiciosos que del estado de súbditos han pasado al de soberanos: temen que piensen los demas como ellos. Crómwel temblaba despues de haber sojuzgado la nacion mas fierra del mundo: no se atrevia á dormir dos noches seguidas en una misma cama: poseedor de tres reinos, no gozaba ni aun del sueño.

Aunque la felicidad no consista en esto, no debemos sin embargo decir que no la haya. Es necesario tomar otro camino para llegar á la felicidad, y este camino no es desconocido.

Por todas partes reina un órden, una simetría, una relacion, cuyo conjunto forma la hermosura y perfeccion de los objetos. El mar no se agita sino por la accion de los vientos, que causan en sus aguas un movimiento forzado: nosotros no caemos enfermos sino por el trastorno del órden establecido en la organizacion de nuestros cuerpos. ¿Y no podremos decir que del mismo modo que el órden y la calma forma la felicidad, el desórden y turbulencia constituyen la infelicidad? En efecto, vivo persuadido á que la felicidad es el fruto del órden de nuestros pensamientos y de la tranquilidad de nuestras pasiones.

¿Y como establecerémos un órden en nuestros pensamientos? ¿Qué se entiende por este órden y esta colocacion de ideas? Es ver las cosas como son, y no como las ve la multitud; es no formar opiniones sobre su valor, sino despues de un exámen muy maduro; es colocarlas en su imaginacion, segun la relacion y subordinacion que tienen entre sí. La obligacion es primero que los placeres; el honor es preferible á la vida; la salud vale mas que las riquezas.

No es tan fácil acertar á tranquilizar las pasiones. Mayor es el número de los que no han ensayado vencerlas, que de los que han escollado haciendo este ensayo. Comunmente estudiamos en aumentarlas, y aun en restituirlas cuando huyen. Pocas son las que se mudan, pues las anteriores ó eran débiles, ó no dependian de la salud, cuya ruina arrastra la suya.

He visto á algunos hombres establecer la felicidad en la multitud de gustos y en la facultad de satisfacerlos todos. Este sistema infeliz, producido por pasiones fogosas, ha hecho llorar públicamente la muerte de mu-

chos jóvenes ricos y voluptuosos, que parecían muertos de tedio, por no hallar en la vida nada que los contuviese en ella.

Hay ejemplos famosos de pasiones, que la reflexion y la prudencia han sujetado ó debilitado de tal modo, que apenas se dejaban advertir sus efectos.

La felicidad merece cuidado y aun trabajo. Digamos á los que se quejan de no ser felices, que no lo son por culpa suya, y nada les diremos que no se pueda justificar. Si se comparasen los males horribles á que arrastran las pasiones con lo que puede costar el prevenirlas, no sé si habría quien dudase hacer un esfuerzo.

Los acontecimientos de la vida cambian las fortunas, reducen á necesidades crueles á los mismos que parecían ménos espuestos á ellas; pero no deben variar nuestros corazones: es preciso reinemos en medio de nosotros mismos, y que nos formemos un estado que ni la pobreza ni aun la vista de la muerte puedan alterar.

El dolor arranca lágrimas, que debe enjugar el valor: podemos quejarnos sin irritarnos; preferir la muerte á la vida sin desesperacion; ser pobres sin vergüenza, y conservar nuestra libertad entre cadenas.

Felix qui potuit rerum cognoscere causas,
Atque metus omnes et inexorabile fatum subiecit pedibus.

Feliz el que ha podido conocer las causas de cada cosa, y pone bajo de sus piés todos los temores y aun al destino inexorable.

LOS ESTADOS DE LA VIDA.

LA necesidad, las escaseces, las pasiones, los vicios y las virtudes, son el origen de los diferentes estados que distinguen á los hombres. La sociedad tiene pocos de estos estados que no la rindan alguna ventaja, y que no

cedan en beneficio suyo; pues á proporcion de este beneficio deben ser estimados y sostenidos. Esto es lo que concede á los unos superioridad sobre los otros.

Nadie puede ser verdaderamente grande, estimable, sino en cuanto contribuye á la felicidad de los demas, y hace un uso útil de su talento y de su industria. Si las producciones de la naturaleza son para los hombres, decía Ciceron, los hombres son los unos para los otros.

Ni las riquezas ni la gloria pueden formar un hombre grande, y algunas veces ni aun mediano. Este debe ser nuestro principio para elegirnos estado, si las circunstancias, la ignorancia, la autoridad de nuestros padres ó las necesidades de la vida nos permiten elegirle; pero de todos modos no debemos perder de vista este mismo principio, para desempeñar dignamente el estado á que se nos haya conducido.

Hallo que tenemos poca indulgencia para con los que son útiles á sus semejantes: los juzgamos con tanto rigor como á los mas inútiles, y á la verdad no debemos mirarlos bajo de tal aspecto.

¿Qué importa á la sociedad que este hombre raro, que este artista industrioso, que este sabio, sea de tal ó tal carácter ó gusto, siempre que la sirva? Si contribuye á la gloria y felicidad de su nacion, debe serle muy caro; es digno de sus homenajes.

La ambicion, que reina por todas partes, sofoca el amor del bien público. No hacemos distincion entre lo que es honesto y lo que es útil; mas juzgamos honesto todo lo que es útil.

Nos quejamos de que hay pocos ciudadanos; ¿y como ha de haberlos? Cada uno es para sí mismo, su estado, su ciudad y su rey. Es permitida una atencion moderada para formar nuestra fortuna; pero la lástima es que todo otro cuidado se sacrifica á este: para nada se cuenta con el interes público. Adherir y consagrar enteramente nuestros talentos al bien del estado, se mira como

una virtud romana, que ya es importuna. Solo se logra, dicen, para sí y para los suyos ingratitud y miseria; como si este servicio del estado no fuese, segun nuestras constituciones, el camino mas seguro para hacer fortuna, y como si, en caso de no hacerla, no tuviésemos con que consolarnos, cuando podemos respondernos á nosotros mismos que hemos trabajado por el bien comun de la sociedad.

¿Cómo hubieran trabajado mas útilmente los Colbert y los Louvois á favor de sus familias, no proponiéndose otro objeto que sus ventajas, ó sacrificándose, como se sacrificaron, al bien del estado? Su fortuna se halló hecha como por sí misma, y ademas gozan de la gloria de haber sido los hombres de su tiempo mas útiles al estado: todavia se les propone como modelos y hombres raros.

Algunos creen erradamente que solo pueden pretender ser útiles al estado los que se hallan en puestos eminentes. Todos pueden serlo á su modo. Los servicios brillantes no son frecuentes, ni dependen tampoco del deseo de hacerlos.

Todos tenemos una esfera que correr grande ó pequeña. Ninguna arte mecánica deja de ofrecer algun artesano recomendable, que aconseja, que ayuda á los otros, y á quien se ama y se respeta: hasta un pordiosero puede ser útil á otro pordiosero.

Todo estaria confundido, si los arbitristas quisiesen servir á su patria mandando los egércitos, y los militares conduciendo la hacienda. Raras veces nos hace salir de los límites de nuestro estado el zelo por el bien público. Cada estado tiene los suyos, y es muy acertado y útil que nos ciñamos á ellos: el entendimiento humano no puede estenderse á todo.

Es presumible que en el dia no se hablara de Descartes, si en vez de la filosofia y geometría hubiera querido estudiar la política. Los hombres mas eminentes en

todo género son los que no se han dedicado mas que á un oficio: puede asegurarse que seriamos perfectos en un estado, si nos ocupásemos únicamente de él.

Para ser verdaderamente útiles á los demas, es necesario que sepamos lo que hacemos mejor que los demas. A quien no se podrá decir, ¿quieres ser buen ciudadano? Conténtate con llenar dignamente tu estado: las ventajas que sacarás de esto, constituirán las de los otros.

Hace mucho tiempo que está comparado el cuerpo político al cuerpo humano. La buena ó mala salud de este depende del modo con que cada parte ejerce sus funciones: los piés no serian útiles, si se mezclasen en las funciones del estómago.

El universo seria demasiado admirable, si nadie representase otro papel que el que le pertenece. No debe servirnos de disculpa ser general el abuso. Lo mismo sucede en el teatro del mundo que en el de la comedia; silvan á los actores que representan personajes para que no han nacido.

El mas vil artesano que desempeña exactamente su oficio, es mas apreciable á la sociedad que un ministro ó un general que ejercen mal el suyo.

No nos dejemos seducir de apariencias, que siempre engañan. No hay estado que deshonne al que le ejerce bien; pero hay muchos hombres que deshonan sus estados por el modo con que lo desempeñan.

Se deberia establecer un luto para la muerte de los buenos ciudadanos. Seria muy justo se escribiesen y conservasen en los templos los nombres de los que mueren despues de haber sido útiles á su patria. Estos registros llegarían á hacerse un origen de gloria y de nobleza, que nadie contradeciria: lo que no fuese útil á la sociedad se estimaria en nada.

En Egipto juzgaban á los reyes despues de su muerte, y honraban como á dioses á los que habian sido los padres de sus súbditos. Los chinos acostumbran con-

servar á la posteridad la memoria de los buenos ciudadanos: el emperador mismo escribe su elogio, que es en aquellos pueblos el solo título de nobleza. Todo hombre es capaz de hacer bien á otro hombre; solo los reyes y sus ministros pueden hacerlo á una sociedad entera.

Me lisongeo de que entre este número prodigioso de hombres, reducidos á sí mismos para todo trabajo y pensamiento, á quien parece que su estado prohíbe todo trato con los humanos, hay pocos que no se acuerden de su inutilidad, y que no se reprecanden la ociosidad en que viven. Los principios de que rellenan sus cabezas, y con que entretienen sus ratos de descanso, no pueden prevalecer sobre los sentimientos de la naturaleza, acerca de los que podemos atolondrarnos, pero no destruirlos.

¡Qué de talentos sepultados, qué de artes abandonadas, qué de tierras incultas necesitan su socorro; los llaman á gritos, pero no son escuchados! En una ocupacion proporcionada á su gusto, es donde hallará el hombre su felicidad, y al mismo tiempo contribuirá á la de la sociedad.

LOS PLACERES.

EL Placer no se define, se experimenta. Su imperio es el mas absoluto: querer substraerse de él en un todo, es una quimera; obedecerle como esclavo, es degradarse. He visto que los que quieren vivir sin placeres dan en locura; y los que se entregan á ellos, se embrutecen y hacen desconocidos. Los primeros se olvidan de que están compuestos, y por querer ser todo espíritu, dejan de ser racionales. Los otros ignoran lo que deben á su alma, la mas noble porcion de sí mismos, y se hacen semejantes á los brutos, cuyas inclina-

ciones siguen. Mas peligroso es entregarse enteramente al placer, que privarse de él en un todo; pero lo uno y lo otro es contra la razon.

Somos el efecto de la union de dos facultades tan indefinibles en sí mismas, como en el modo con que están unidas. Nuestra ignorancia sobre este punto no impide que sepamos que cada una de ellas tiene sus placeres.

Los hay del alma, y los hay de los sentidos. No examino si estos últimos son independientes de los otros, y si puede haber alguna satisfaccion en que no tenga parte el alma: lo que sé es, que los placeres de esta son superiores á todos los demas; que tarde ó temprano nos avergonzamos de habernos entregado á los que ella no aprueba; que hay placeres que la degradan, que la envilecen, y son los que ella repugna. Cuando los produce el desórden, producen tambien ellos en la fortuna, en la salud, en la reputacion y en la conducta de la vida variaciones funestas, que inútilmente nos forzamos en reparar.

¡Desgraciados de los que por la voz placer no entienden otro que el de los sentidos! Le estienden á todo, y jamas le satisfacen plenamente. Cuando no se forman los hombres unos principios mas ciertos sobre los placeres, no entienden sus verdaderos intereses: por no conocer los placeres del alma, que duran, y que los aseguran contra todos los acontecimientos de la vida, corren tras de los placeres pasajeros, que no dependen de ellos, y que se acaban en el tiempo precisamente que mas los necesitan para dulcificar la amargura de la vida; su misma vivacidad es el principio de su corta duracion. Algunos momentos de placer en una vida larga ¿pueden obsecarnos sobre su naturaleza, y hacernos que los prefiramos á todo!

Debemos principiar tempranamente á ejercitar el alma en los que la son propios, para recoger sus frutos en la vejez ó en el tiempo de las debilidades.

Solo el estudio, los conocimientos y las reflexiones pueden elevar al hombre al feliz estado de gustar los placeres perfectos. Por poco que conozcamos á nuestros semejantes, advertiremos, con vergüenza para nuestra especie, que la alegría, el buen humor y dulzura de la vida acaban con lo que se llama placer. No nos persuadamos á que la cesacion de estos nos conduzca á los otros, ni que entónces nos hallemos en estado de variarlos, porque nos esclaviza el hábito, y solo conocemos el peso de sus cadenas, sin saber romperlas ni aligerarlas.

Sería un absurdo creer que no todas las almas son susceptibles de estos placeres puros, que son de un gran recurso. Los hombres con corta diferencia todos son capaces de unas mismas cosas.

El placer de saber no es estraño á nadie, sino á los que nunca han sabido que existe. Por mas que se diga que los libros fatigan, se sabe que solo es por cierto tiempo. Los que han tenido valor para vencer su primera repugnancia á la lectura, no han dejado de hallar placer en ella. Los libros son para el alma lo mismo que el alimento para el cuerpo: se pone lánguida, se debilita, se anonada sin este alimento, por el que raras veces suplen las conversaciones, y no siempre pueden reemplazar.

La vista de las bellas cosas, la admiracion que escitan, las reflexiones que producen, los conocimientos que comunican, la sensibilidad que causan y los descubrimientos que se las añaden, son un perenne manantial de placeres. El espíritu en cierto modo es infinito; no se gasta, se perfecciona con el uso que se hace de él.

Los hombres serán siempre mas insensatos que pecaminosos. Por un efecto de vanidad creen que son independientes de los sentidos; se espiritualizan mucho mas de lo que deben; y cuando se trata de los placeres, son terrestres, groseros y materiales.

Yo preguntaria de buena gana á estos á quienes ha

perdido una excesiva facilidad en satisfacerse, que se miran como desgraciados porque no les quedan placeres que esperar; los preguntaria, repito, ¿si han agotado este libro del mundo, que provee de tan diversos espectáculos? si están cansados de las producciones de la naturaleza á fuerza de haber reflexionado sobre ellas? si no hallan gusto en el ejercicio de las artes y del talento? si no son sensibles al placer de constituir á otros felices? si la felicidad de amar y ser amados no tiene encanto para ellos?

Los placeres no nos huyen; se presentan de mil modos diferentes, se ofrecen de tropel, no murmuran de la eleccion que hacemos de los unos con preferencia á los otros, y los hay para todos caracteres, para todos estados. Si elegimos mal, solo nosotros tenemos la culpa: en el estado de languidez y de tedio en que caemos infaliblemente, hallamos el castigo de nuestra mala eleccion.

Muchas veces envidiamos los placeres de los mismos cuya condicion y fortuna despreciamos. Podríamos tenerlos como ellos, mas que ellos, si nos persuadiésemos á que el trabajo es uno de los manantiales del placer, y quizá el mas cierto. Una vida ociosa es necesariamente una vida triste.

En el mundo en que vivimos, vemos que los hombres mas tediados son los que nada hacen, y al mismo tiempo los mas tediosos. Son insoportables á sí mismos, á sus familias, á sus amigos, á los que no los conocen; todos se fatigan de verlos.

El famoso Pelisson se divertia en la Bastilla en domesticar una araña. No se puede ponderar cuanto obra el trabajo en nuestros espíritus, el vacío inmenso que llena; es una mecánica, cuyos efectos son tan ciertos é insensibles como ignorado el modo.

Creemos que son los grandes desastres los que afligen los hombres; pero es la inaccion que los sigue, produ-

cida por el abatimiento. Penetrada su imaginación de la caída que han dado, solo los representa lo que han sido y lo que son. Un trabajo que no le creen capaz de restablecer su antiguo estado, es insípido para ellos: no conocen la necesidad de él para borrar la continuada vista de su desgracia. La languidez y la muerte, casi inevitable de sus semejantes, no son mas que lecciones funestas é infructuosas de la debilidad del espíritu humano.

El dictador arrancado del arado para mandar los ejércitos, volvía á él sin pesadumbre, cuando el fin de la guerra ó los malos sucesos le restituían á su antiguo ejercicio. ¡Era esto entre los romanos el efecto de una superioridad de genio, que nos vemos precisados á reconocer en muchas ocasiones! Ellos no morirían, porque el amor al trabajo era carácter de su nación, como la ociosidad es acaso un defecto de la nuestra.

Para procurarse placeres se recurre á muchas cosas que no valen la pena: este medio se desprecia porque es fácil; es un medio que no merece confianza, solo dispone remedios simples.

LOS HONORES.

LOS Honores no lisonjean mas que la vanidad; pero la vanidad tiene muchas ramas. Creemos solicitarlos solo por el bien público, ó por los adelantamientos de la familia: cuando los pretendemos, nos persuadimos á que nuestros sentimientos son mas nobles que los de los otros, y nos juzgamos mas felices cuando llegamos á obtenerlos.

Las pasiones están subordinadas entre sí, y se ceden la primacía de edad en edad. Es muy difícil que en la juventud no se la lleven los placeres: entónces nos lle-

gamos á persuadir, que podemos mirar con indiferencia ciertas obligaciones, que son de todas edades. Esto es un error, que lisonjea demasiado para que no le autorizemos. Los jóvenes le sostienen por interes, y los ancianos por reconocimiento.

El abuso que hacemos de los placeres, y los límites que es preciso prescribirlos, los privan muy tempranamente de toda aquella vivacidad que constituye su mérito, y arrastran á los hombres á que soliciten honores y dignidades, de las que se embriagan mas ó ménos, segun el carácter que los domina.

La multitud de los que perecen corriendo tras este fantasma de gloria, no corrige á nadie. Es un mal que para temerle es preciso haberle experimentado: la experiencia de los otros no es mas que un sueño: hallamos en su conducta obstáculos y dificultades, que estamos ciertos de no tener nosotros: somos mas inteligentes, mas sabios, mas felices. Solo pereciendo, como ellos, conocemos, aunque tarde, la falta irreparable que hemos cometido en preferir á la paz y libertad unos trabajos inútiles á nuestro adelantamiento y nuestra gloria, que solo han servido de alterarnos, de forjar nuestras cadenas, y aun de apresurarnos la muerte.

La ambición es desreglada en la mayor parte de los hombres: los mas ambiciosos no son los que tienen mas talento. Si examináramos seriamente el modo con que están distribuidos los honores, casi nos avergonzaríamos de descartarlos: la vida privada es el puesto mas honorífico.

Comunmente se dice: ¿Qué se haría de los cargos y de los empleos si no hubiera ambiciosos? qué se haría de ellos? Conferirlos á los mas dignos, que serán por lo regular los que ménos los deseen.

La cábala y la intriga los arrancan al soberano, que no siempre es dueño de negarlos ni de elegir: las cosas han llegado á términos que no se puede pensar sino en los que procuran hacerse conocer y valer.